

ROBERTO SANTIAGO

**EL
CÍRCULO**

O ESTÁS DENTRO O ESTÁS FUERA

DESTINO

ROBERTO SANTIAGO

EL CÍRCULO

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Roberto Santiago, 2025

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© de la ilustración de cubierta: ED, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30751-8

Depósito legal: B. 13.663-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

El más tonto del mundo entero

Acabo de cumplir dieciséis años, estudio primero de Bachillerato en el instituto Ernest Hemingway, y tengo un secreto que no puedo contar.

Es un secreto tan gordo que, si lo contara, nadie me creería.

Los de mi clase, mis profesores, mi tutor y todos los que me rodean dirían: «Venga ya, te lo estás inventando».

Tú dirías lo mismo: «Te lo estás inventando».

Da igual.

No puedo contarlo.

Por eso es un secreto.

En realidad, son dos secretos.

Ya hablaré de eso más adelante.

Todo empezó el día que llegué al Hemingway.

El curso había comenzado dos meses antes.

Era lunes a primera hora, poco antes de las ocho.

Se oía un ruido constante de fondo: «ZZZZZZZZZZZZZZZZZZZZ».

Como un panal con cientos de abejas revoloteando.

Supongo que yo era el zángano.

El recién llegado.

El nuevo.

El novato.

Ah, me llamo Víctor Vargas, pero todos me llaman Uve.

No es lo más importante, pero conviene no olvidarlo. No voy a estar todo el tiempo repitiendo mi nombre.

Aquella mañana temprano, atravesé el patio arrastrando los pies.

No quería estar allí.

En realidad, no quería estar en ningún sitio.

Levanté la vista y lo primero que vi fue a Otero del revés.

Miguel Ángel García Otero.

Llevaba gafas enormes y jersey de lana con coderas.

Era un poco... especial.

Un friki, vamos.

Pero no friki en plan bien.

Friki en plan pringado.

No me gusta esa palabra: pringado.

Siento haberla usado.

Hay muchas cosas que siento y que ya no puedo borrar.

En aquel preciso instante..., Otero estaba colgado boca-bajo.

En la ventana del aula.

Asomado al vacío.

Lo sujetaban entre varios compañeros de las piernas.

En el tercer piso.

Lo voy a repetir por si alguien no lo ha entendido.

Un chico de mi clase estaba colgado bocabajo en la ventana del tercer piso.

Se oían las risas y los gritos: «Otero, eres el más tonto del mundo entero».

Así empezó esta historia.

A partir de ese momento, todo fue a peor.

Todo lo que voy a contar aquí es verdad.

Podría inventarme muchas cosas para quedar mejor o para parecer más listo o valiente.

Pero la verdad es mucho más interesante que cualquier cosa que me pueda inventar.

2

Alba

Subí corriendo las escaleras.
Los escalones de dos en dos.
De tres en tres.
La respiración se me entrecortaba.
No podía estar ocurriendo.
Debía de ser un error.
Una broma de mal gusto.
Aquel chico colgando de la ventana.
No estaba pasando.
No era posible.
Crucé la puerta del aula mientras recuperaba el aliento.
A primera vista, había tres grupos.
Los que sujetaban a Otero en la ventana.
Eran varios chicos, se iban alternando.
Gritaban.
Sudaban.
Se reían.

—Sujétalo bien, no se te resbale, ja, ja, ja.

—Hostias, qué pantalones de mierda llevas, Otero...

Eran los matones de clase.

Los hay en todas partes, se los reconoce enseguida: mucho músculo, muchos gritos, poco cerebro.

Después, estaban los que jaleaban al primer grupo.

Eran los más numerosos.

—¡Otero al revés! ¡Otero al revés! ¡Otero al revés!

Estaban de pie, más o menos cerca de la ventana.

Contemplaban el espectáculo.

Nerviosos.

Participaban en aquel ritual.

Aplaudían.

Coreaban el nombre de Otero.

—¡Otero, eres el más tonto del mundo entero!

—¡Otero, agárrate las gafas!

—¡Otero, Otero, Otero!

En realidad, sus gritos eran una manera de esconderse.

Daban gracias por no ser ellos quienes colgaban de la ventana.

Por último, estaba el tercer grupo.

Un puñado de chicas y chicos que permanecían apartados.

No les gustaba lo que sucedía.

Los espantaba.

Pero no se atrevían a intervenir.

Miraban de reojo.

Eran testigos silenciosos.

Ellos también estaban asustados.

Así empezó mi primer día en el Hemingway.

Guiado por un impulso, me dirigí a la ventana.

—¿Qué hacéis? —pregunté con un hilo de voz.

No me oyeron.

Di un paso, temeroso.

Darle la vuelta a alguien y ponerlo bocabajo en una ventana es muy difícil. No lo intentéis. Nunca. Se notaba que entre todos los que lo agarraban se esforzaban para que no se cayera. Estaban sudando.

Si soltaban a Otero, o si se les escurría, caería al patio.

Se estamparía contra el cemento.

Se partiría la cabeza.

Un charco de sesos y sangre.

Intenté apartar aquella imagen de mi cabeza.

—¡¿Qué coño hacéis?! —repetí subiendo el tono de voz.

Esa vez sí que me oyeron.

Uno de ellos se volvió hacia mí.

Tenía la cara llena de granos y movía la lengua dentro de la boca.

No sé si con aquel gesto trataba de resultar amenazante.

A mí me pareció asqueroso.

—¿Tú quién eres? —me preguntó.

No respondí.

A su lado, un chico bajito, enjuto y con unas cejas muy pobladas añadió:

—A lo mejor quieres que te colguemos a ti también.

Mi corazón latía con fuerza.

Otro de los que agarraban a Otero se encaró conmigo.

Parecía el jefe, movía la cabeza todo el tiempo, como esos muñecos de las ferias.

—Eso es —sentenció—, ahora vas a ocupar tú el puesto de Otero, por listo.

Llevaba una camisa azul, el pelo rubio con flequillo, la sonrisa perfecta. Tenía pinta de ser el capitán del equipo de fútbol, el delegado de clase, el más popular del insti, esas cosas.

—Me joden los espabilados —dijo, sin parar de mover la cabeza.

Estaba claro que yo no había empezado con buen pie.

Los matones se dirigieron hacia mí.

Los jaleadores se apartaron.

Los testigos se hicieron invisibles.

Estaba a punto de ocurrir algo. Me agarrarían. Forcejearíamos.

Entonces...

—Dejad en paz al nuevo —soltó alguien detrás de mí.

Una chica que surgió de la nada se puso en medio.

Morena, flaca, con unos enormes ojos verdes.

Y unas pestañas larguísimas.

La expresión de su rostro decía: «Soy de las buenas, confía en mí».

Llevaba una camiseta negra ajustada con un dibujo manga de *One Piece*.

—Soy Alba —me dijo—, no les hagas ni caso, son idiotas.

Se volvió hacia ellos y dijo muy seria:

—Subid a Otero, está a punto de llegar el Dos Veces.

Los otros la obedecieron.

Fue la primera vez que la vi.

Alba.

3

Kant

Ricardo Corderas, el Dos Veces, jefe de estudios de Bachillerato en el Hemingway.

También era profesor de Filosofía.

No se habían roto la cabeza pensando en un mote.

—Abran el libro por el capítulo ocho, página sesenta y cuatro —dijo, ajustándose las gafas y pasando la mano por su pelo completamente blanco—. Página sesenta y cuatro.

Hubo algunos murmullos y risas.

Les hacía muchísima gracia que repitiese las cosas dos veces.

—Hoy es un gran día —anunció—. Vamos a adentrarnos en el fascinante mundo del que posiblemente sea el filósofo más influyente de todos los tiempos: Immanuel Kant.

Pasó la vista por todos los presentes, asintió y volvió a decir:

—El filósofo más influyente de todos los tiempos.

Algunos tuvieron que agarrarse al pupitre, como si les fuera a dar un ataque.

Ahogaban la risa entre espasmos.

Supongo que les parecía lo más divertido que habían oído en toda su vida.

Me habían sentado en primera fila, junto a la ventana.

Muy cerca del mismo lugar donde apenas unos minutos antes habían colgado de los pies a aquel chico.

Otero.

Lo busqué con la mirada.

Sentía la necesidad de saber cómo se encontraba después de lo que había pasado.

Lo localicé dos filas más atrás, con aire ausente, como si nada de lo que había pasado fuera con él.

Ponía mucha atención a lo que decía el Dos Veces.

Tenía una expresión neutra.

Su máxima aspiración era pasar desapercibido.

Alguien se echó hacia atrás en su asiento y se cruzó en mi línea de visión.

Unos ojos verdes enormes.

Una caída de pestañas.

Me sobresalté.

Alba.

Tuve la tentación de apartar la mirada.

Pero no lo hice.

Ella no sonrió.

Me miró muy seria.

Pero con un gesto amistoso.

Aguanté su mirada.

Después de unos segundos, se me estaba poniendo cara de empanado.

Tragué saliva.

Y bajé la vista.

—A ver, el nuevo, Víctor Vargas —dijo de pronto el profesor, señalándome—. Sí, tú, Víctor Vargas.

—Sí —musité.

—¿Qué nos puedes contar sobre Immanuel Kant? —me preguntó—. ¿Te suena de algo? Di, ¿te suena de algo?

Contuve la respiración.

Todos en el aula me miraron.

Era mi primer día.

Si iba de listillo, sería mi perdición.

Si tartamudeaba o metía la pata, peor aún.

Respiré hondo.

—Kant fue, posiblemente, el filósofo más influyente de todos los tiempos.

Fue lo primero que me salió.

Lo dije sin pensar.

La clase entera estalló en una gran carcajada.